

Germán Luco.

## VENGANZA

**L**A pequeña caleta parecía labrada a mano en el alud abrupto de aquellas rocas batidas eternamente por el mar. La dorada playa, que se extendía en el diminuto cuenco roqueño, estaba llena del afán sencillo de los pescadores. Hombres cobrizos estacaban al sol las redes como estandartes vencedores, ante el alborozo de las mujeres codiciosas de la colecta de peces.

El metal considerable y pacífico del mar, tenía en el atardecer suaves languideces, como si las numerosas agitaciones de sus nervios, hubiesen sufrido el voluptuoso ensalmo de una catalepsia.

Diríase, que las ondas, abrumadas con oleo de pereza, apenas morían en el límite exacto de las arenas alucinantes de sol.

Las balandras gráciles, estampadas de concha-perla y escamas como lentejuelas, se adherían al mar como pequeños navíos prisioneros del Sargazo.

La brisa contenía sus alientos rizando imperceptiblemente una crespada escollera de olas, que florecían mar afuera, muy afuera, en el dominio de los jureles o de las tuninas, que torpedeaban las tempestades.

Había terminado la batalla de los elementos con la astucia de esos hombrecillos magros y de las casucas pardas de la caleta nacía el humo acogedor, ondulante y espeso como un sueño.

Los hijos cargaban los remos húmedos y las chumaceras... Cantos tristes se destrenzaban en la paz, dando a las cosas la enorme y perpleja actitud de lo asequible, de lo fácil, de lo ingenuo.

Bostezaba el viejo Neptuno...

La última pareja quedaba en el quehacer... El perdía los ojos en la lontananza gris y su mujer, brava y curtida como un cobre gitano, entornaba los párpados, buscando en la hiperestesia el hondo y conmovedor recuerdo de sus brazos poderosos y ásperos, que llegaban a su seno cargados del ritmo vencedor.

El hijo se levantó desnudo en la proa de un balandro, como si al perfilar su esbeltez gredosa, fuera a izar al cielo la fe de aquella herencia heroica, que parecía reventarle en las venas, colmando sus dedos de ancestrales delirios de gavieros y argonautas sencillos.

Sonrió al sol y haciendo una flecha enhiesta de todo su cuerpecillo, se hundió en el metal considerable y pacífico.

El héroe viejo del mar avivó la mirada deteniéndola en los círculos concéntricos.

La madre levantó los pechos angustiados y generosos.

El lomo de una ola gigantesca rompió la quietud metálica. Luego otra y una tercera alta, empenachada, colérica, violenta...

La tierna cabeza adolescente del delfín de los pescadores se había perdido...

Ooooooh.

El viejo héroe del mar, sumergiéndose, buscó largo rato el cuerpo de su cuerpo y de su alma. Todo era inútil... Aparecía en la superficie moviendo un brazo negativo, dolorosamente negativo...

La mujer tenía el agua hasta la cintura en idéntico reclamo.

Y llegó así el crepúsculo.

El héroe y la mujer se quedaron inmóviles, llorando tristemente, mientras los pescadores amigos garreaban la playa y se hundían en la búsqueda del niño.

Toda la población de la caleta se agolpó al diminuto cuenco playero, con los ojos atónitos y pasmados.

... Por ahí... Búsquenlo por ahí...

—No... más acá...

—Tal vez un poco más allá...

—La corriente submarina lo traicionó... Ella ha sido.

—¿No andarán tiburones por estas playas?

—Yo he visto pulpos, así de grandes, decía alguno, extendiendo los brazos en la longitud de una desesperación infinita.

El mar embravecido golpeaba sin piedad, llevándose en su orquesta sinfónica, partículas de palabras, sílabas aisladas, voces truncas, pedazos del alfabeto del dolor.

Un lobezno herido fué a estrellarse contra las rocas, como un juguete de goma.

Los pescadores en señal de venganza, le martirizaron con los vicheros hasta hacerlo sangrar...

—Yo le reventé un ojo, dijo un pequeñuelo, orgulloso de su desquite cruel.

Luego lo devolvieron al mar...

Varios lobos en rondel de reclamo, asomaron sus cabezotas bigotudas, resoplando su rencor profundo....  
Uuuffff... Ufff... Oooooohh....

Una vez que el mar recuperó al lobezno, en el dorso de una ola se encumbró el cadáver del hijo de los pescadores.

Un lobo negro se llevó al lobezno herido y los hombres se llevaron al hijo muerto en una angarilla de dos remos trenzados con güiros...

.....  
Al amanecer, el viejo héroe del mar, se perdió de la playa y en el silencio del océano colmó su venganza, mirando cómo la agonía de los peces llenaba su balandro de reflejos de acero y fuego...

Y la pequeña caleta, lejana de sus ojos, labrada a mano en el cuenco roqueño, parecía disminuirse como un corazón que se estruja en el puño del dolor...